

Precio 15 cts.

Reproducción

Tomo III, No. 51.—15 de Diciembre de 1920

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *La enseñanza de la literatura*..... J. F. CORIA
2. *Recuerdo de Aquileo*..... V. F. FERRAZ
3. *De Lecturas*..... HISPANUS
4. *Miscelánea*..... E. J. R.

Administración y primer lugar de venta: Botica La Dolorosa.

Descuento a los compradores de diez o más ejemplares de una misma fecha: 25 por ciento.

Venta por menor: Librería Tormo, Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado RR.

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Talonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

Tomo III.—No. 51.—15 de diciembre de 1920

La enseñanza de la literatura

He señalado la importancia de la lectura como el medio más eficaz de formar la cultura artística del joven estudiante. No se me oculta que son muchas las objeciones que pueden oponerse al fomento de la lectura de obras poéticas. Paso a ocuparme de ellas.

Un pueblo imaginativo como el nuestro—se dirá—con antipatía tradicional a las actividades concretas, necesita más que un excitante, un freno a su fantasía. La formación de la aptitud manual, se agregará, es lo más importante hoy por hoy. Las manos del criollo no sirven para nada; es necesario educarlas, hacer honrosos sus callos, y cicatrices, desvaneciendo del espíritu público la aversión, muy acentuada en provincias, felizmente débil en Buenos Aires, a todo lo que importe un trabajo corporal. Una familia de tierra adentro, de las que pertenecen a la llamada «primer sociedad», pobre, pero orgullosa porque en ella ha habido un diputado, un canónigo, un gobernador, o, bajando a las raíces del árbol genealógico, un conquistador que bien pudo ser, como muchos fueron, tipo de personaje de las «no-

velas picarezcas», antes que parara en héroe de epopeya; una familia así se consideraría deshonrada si uno de los suyos, siguiendo el ritmo de la vida moderna, se dedicara a la mecánica, vistiera la blusa azul del taller, se mezclara al fragor de la fábrica, aunque todo eso importara la seguridad de un porvenir; y satisfaría aspiraciones inmediatas si aquél consiguiera un bien rentado puesto burocrático, o diera en la iglesia, o cayera en el periodismo provinciano—tan distante de ser cátedra—y llegara a colaborador de revistas, y su firma se viera con frecuencia al pie de acrósticos encareciendo la gracia de las beldades lugareñas.

Uno de los problemas de la educación, en nuestro país, consiste en buscar los medios de abatir todas esas preocupaciones sociales que tanta influencia malsana ejercen en la vida argentina; y no es fomentando la afición a la poesía que hemos de resolverlo. Antes bien (continúa la objeción que supongo), encaucemos hacia opuestas direcciones la actividad de la juventud. No necesitamos rimadores, sino forjadores; no quienes puedan gustar la belleza de un canto lírico, sino quienes sepan apreciar la bondad de una herramienta; y como quiera que cada día es más urgente la necesidad de formar generaciones de hombres fuertes y robustos, concitemos a los jóvenes a que empleen las horas que les dejen libres el trabajo y el estudio, no en la estática contemplación del arte, sino en los viriles ejercicios de la palestra. En una palabra: des-

viemos su amor por las cosas bellas hacia las cosas útiles.

Hay urgencia en tratar al pueblo argentino con una educación reactiva que precipite sus energías físicas, nunca como hoy tan necesarias. Es hasta patriótico hacerlo, porque esas energías bien dirigidas han de contribuir a que se complete la obra de los próceres de 1816, independizándonos del capital, del brazo y del técnico extranjeros.

Por lo demás, la lectura excesiva de obras poéticas tiene sus peligros. Ella puede formar dos tipos igualmente odiosos: la mujer romántica y el literatoide. La mujer romántica no ha desaparecido con el romanticismo: todavía se ven ejemplares, lo mismo entre niñas de quince años que entre severas matronas de cincuenta. No es común, pero tampoco es raro el ejemplar que nos pinta Mesonero Romanos en una de sus escenas matritenses. Hija, esposa, madre, es un elemento inútil en el hogar. Incapaz de percibir la línea que separa el mundo ficticio del real, vive en un perpetuo devaneo, soñando en la posibilidad de cuajar en heroína de romance, lo que ño pocas veces consigue cayendo en Margarita Gautier o en Madame Bovary, nunca elevándose a Julieta.

El literatoide, tipo abundante en nuestra sociedad, tiene la habilidad de que hablara Gauthier, de enhebrar dos rimas al extremo de un pensamiento, o, hablando con más exactitud, de dos líneas desiguales; pero sin más cultura literaria que la que puede adquirirse en la lectura de antologías, sin verda-

dera disciplina intelectual, sin imaginación creadora, ignorante, en general, de todo, y, en particular, de su idioma, el literatoide es un elemento negativo, que infecta el diario, la revista y el teatro, y es factor principalísimo en la perversión del gusto público.

Todas estas objeciones y muchas otras son, en verdad, dignas de tenerse en cuenta; pero fácilmente pueden rebatirse, como voy a intentarlo. No se olvide, entre tanto, que si he preconizado la necesidad de acentuar la cultura artística por medio de la lectura, no es con el fin de formar literatos o artistas, sino con el propósito de integrar la personalidad de los jóvenes, que será incompleta mientras no abran los ojos al único mundo de la belleza y de la realidad, que es el mundo del arte. (1)

La cultura literaria a base de poesía no es incompatible con el fomento de actividades prácticas, ni con el ejercicio de profesiones que exijan conocimientos puramente científicos, ni con la política ni con el comercio ni con la industria. Se puede dominar la mecánica, la ingeniería, la medicina, la agronomía, y al mismo tiempo ser un amante desinteresado del arte; y el que no lo sea, el que no bata y remueva constantemente su espíritu con la magia de la be-

(1) Es una verdad corriente que hay más belleza en el arte que en la naturaleza. Parecerá aventurada, sin embargo, la afirmación de que hay más realidad en el arte que en la vida. «El arte, dice Bergson, es una visión más directa de la realidad». Véase con qué claridad desenvuelve su autor esta teoría en el capítulo III de su obra, *Le Rive*.—Essai sur la signification du comique.

lleza artística, será más torpe en el ejercicio de sus actividades mentales, más pesado en sus juicios, tendrá menos horizontes en la vida; y cuando busque el reposo que forzosamente ha de exigirle el cumplimiento de su profesión, o cuando tenga necesidad de dar aplicación al exceso de sus energías no empleadas en el trabajo, y guiado por el instinto social busque el contacto con sus semejantes, se sentirá incapacitado para cambiar ideas, o, a falta de éstas, cambiará cartulinas pintadas, como dice Schopenhauer, y, todo lo más, llegará a ser un perfecto jugador de poker.

Y una buena prueba de que no son incompatibles las actividades que procuran la emoción estética con aquellas puramente o principalmente prácticas nos la dan los ingleses, que constituyen el pueblo mejor educado de la tierra. Ved a un inglés que ha trabajado afanosamente todo el día en el taller, en su comercio o en su oficina. Si su tarea no ha exigido a sus músculos el ejercicio necesario, este ejercicio lo completará en el field; pero luégo, para establecer el equilibrio compensador que devuelva la armonía vital a su organismo, se rodeará de papeles y de libros, sumergiendo su espíritu en la onda fresca y cambiante de la ficción poética, que le proporciona abundosa la revista con sus cuentos, Dickens y Scott con sus tipos y paisajes, Shakespeare con el hervor de las pasiones humanas, la Biblia con sus salmos, Horacio con sus odas a la vez profundas y ligeras como el mar y la

cresta de las olas, Homero con el espectáculo grandioso de hombres y dioses lanzados a la lucha en aquella guerra encendida por los ojos de la divina Helena.

¿Qué resulta de esta doble disciplina?

Que educado en la escuela severa del trabajo y en el libre juego de sus facultades imaginativas, el inglés se abrirá paso en la vida a empujones y codazos, sin cuidarse poco o mucho de los que deja a su lado; no rendirá culto a la frívola galantería extendiendo su capa al paso de una dama; pero, tripulante del vapor Titanic, frente a frente al abismo del mar y de la muerte, ese mismo inglés, que quizás nunca malgastó un segundo en los «après-vous» etiquetercs, cederá su plaza del bote de salvamento a la más humilde de las mujeres, al más desdichado de los niños, mientras él espera tranquilo el último trance cantando con unción: «Más cerca de tí, Dios mío.»

Se puede, entonces, ser hombre práctico e idealista a un mismo tiempo, y es para mí tan incompleto el individuo unguido sólo a las tareas que dan provecho material inmediato, como el lírico incorregible que no toca fondo en las realidades del mundo sino cuando lo ahogan las necesidades de la vida.

El arte, o, más concretamente, la poesía, no ha de matar los gérmenes de laboriosidad, no ha de cegar las fuentes de energía dinámica del joven estudiante según nos lo asegura la prevención del vulgo. (1) Dentro

(1) «Adviértase que llamo vulgo a muchos que visten clámide». Séneca. *De vita beata*.

del tipo de ciudadano que más premiosamente necesitamos formar, apto para descuajar tanta riqueza perdida en las entrañas de la tierra, disuelta en la corriente de los ríos, erguida en el seno de los bosques, cabe el hombre cultivado en el sentimiento de lo bello. Es más: la verdadera, la sana poesía, es un estimulante de la vida, y quien dice de la vida dice de las fuerzas que la animan. (1)

Por eso creo que hay que insistir en demostrar la necesidad de dar a la poesía su verdadera importancia, no ya sólo en la educación de los jóvenes que cursan estudios secundarios y normales, sino también, y muy especialmente, en la educación del niño. Traigo en mi apoyo a Félix Pecaüt, autor de «L'education publique et la vie nationale». «La poesía—dice—gracias a la lengua mágica de que dispone, es la gran evocadora que arranca al niño del pueblo del estado de inconsciente somnolencia, le revela a sí mismo haciéndole oír—en un lenguaje idealizado, es decir, lleno en el mayor grado de realidad moral, de sentimientos humanos—esos cantos de amor o de alegría o de tristeza, de recuerdo o de esperanza, de duda o de fe, de piedad o de indignación que resuenan confusamente en

(1) Dice Guyau, en su famoso libro *El arte desde el punto de vista sociológico*, que las emociones estéticas pueden influir no solamente sobre la vida de relación, sino también sobre la vida orgánica, cuya actividad circulatoria aumentan, y, por consecuencia, su actividad nutritiva. Hace ya tiempo que Haller comprobó que el sonido de un tambor acrecentaba la salida de la sangre por una vena abierta.

él. Ella le sustrae a su egoísmo grosero, áspero, positivo, calculador; le ayuda a nacer a la *humanidad*; le hace sér verdaderamente, si es ser tener un alma, tener sentimientos humanos, vivir consigo y en sí y vivir también en los otros, trasportarse en su destino, ensanchar su yo hasta abarcar en él la familia, la patria, la humanidad y hasta Dios mismo».

La lectura excesiva de poesías y libros de imaginación (y aquí contesto otra supuesta objeción), puede contribuir, es cierto, a formar ese engendro que se llama mujer romántica; pero si se seleccionan las obras que han de ponerse en manos de la joven (y esta es misión primordial del maestro), si la apartamos de la literatura malsana, corrosiva, vana y tonta, propia de los poetas hebenes, de los novelistas chirles y de los dramaturgos insustanciales, y la hacemos gustar de aquellas composiciones capaces de formar su sentido estético y fortificar a la vez su personalidad moral; antes que favorecer el desarrollo habremos evitado que se haga mariposa la larva de romanticismo que hay en todo pecho femenino.

En cuanto al literatoide, creo que él es un producto no de la educación sino de la mala o deficiente educación literaria.

Casi todos los hombres de alguna instrucción han hecho en la juventud excursiones al campo lleno de espejismos de las letras, la mayor parte de ellos sin poseer condiciones para cultivarlo con provecho, creyendo fácil la realización de obras igua-

les a aquellas que provocaron su admiración juvenil. Del número de aquellos aficionados sin aptitudes especiales para las bellas letras, unos siguen dedicándole sus actividades y dan en el literatoide; los otros, los que amplían su cultura artística y por lo mismo se hacen más exigentes con la propia producción, pronto caen en la cuenta que Dios no los ha llamado para ese destino, cambian de rumbos en busca de empleo más apropiado a sus energías, convencidos, como dice Emerson, que si a ellas responde su tarea, lo mismo da que hagan cestos, espadas, canales, estatuas o versos.

*
* *

La oposición del hogar, a que me he referido anteriormente, la falta de gusto artístico que impide al alumno encontrar un puro goce en las obras literarias, y el trabajo ímprobo a que generalmente está sometido el estudiante en una escuela normal, ya porque el cuerpo de profesores se ciñe demasiado a métodos que hacen gravitar sobre el educando el peso total de la enseñanza, bien porque los profesores dan demasiada latitud al desarrollo de sus programas respectivos; motivos son más que suficientes para obstaculizar el fomento de la lectura, base, lo repito, de toda educación literaria. Contra esos inconvenientes se estrella la acción del maestro.

No sin una gran satisfacción he podido comprobar que tengo alguna influencia en

el ánimo de mis alumnos: así y todo, si bien es cierto que cuando he «impuesto» como lección la lectura de un libro o de un trozo selecto, he conseguido el cumplimiento de mis indicaciones, han sido vanas mis prédicas cuando sólo he «aconsejado» el conocimiento de una obra con el fin de que los estudiantes amplíen su cultura o se entreguen a una delectación espiritual. Y si alguna vez toda la clase, sin excepción, se interesó en la lectura no «impuesta» de un libro, no fué precisamente por sugestión directa del profesor.

Recuerdo que un día, hablando con mis alumnos, de la novela, me referí, por incidencia, a Werther, la celebrada y dolorosa obra de Goethe. (1) Expliqué brevemente las circunstancias en que fué escrita, lo que hay en ella de verdad y de ficción, el por qué de su boga pasada y cuáles son sus más señaladas excelencias consideradas exclusivamente desde el punto de vista literario. Pero, a pesar de su belleza y de la moral que fluye de ella, dije, es una obra malsana para los jóvenes, deja en el fondo del alma un sedimento de amargura, y, aplicando palabras de Flaubert empleadas en otro caso, puede decirse de esta novela que es como

(1) Como mi trabajo sobre la enseñanza de la literatura no es un trabajo exclusivamente doctrinario, sino más bien la exposición de una serie de observaciones hechas en el aula, señalo con preferencia lo que he visto y aprendido al frente de una clase y no lo que he estudiado en los libros que tratan espesialmente de este asunto. Por eso no vacilo en referir auécdotas, triviales al parecer, pero llenas de sustancia, cosechadas en la vida de la escuela.

una araña que se sube al corazón y teje en él la tela de una tristeza infinita. No la leáis, pues, continué; no la leáis hasta que con los años adquiriera completa sazón vuestra personalidad y, por lo tanto, Werther no pueda ya influir en la dirección impresa a vuestra vida.

Horas más tarde llegué a la librería que era entonces la única casa de la localidad proveedora de libros de texto, y el librero, que como tal se preocupaba de las obras que los alumnos de la Escuela Normal tenían obligación de consultar, me sorprendió con la siguiente pregunta:

—¿Ha señalado usted a sus alumnos de cuarto año la novela Werther como libro de texto?

—No, por cierto, respondile.

—Le preguntaba porque todos ellos —dijo el librero— han venido a comprarla, y como no la tengo me han pedido que la encargue a Buenos Aires.

¡Torpe de mi! Al prohibir indirectamente la lectura de un libro lo había encarecido a los ojos de mis alumnos recomendándolo como un tesoro de ocultos encantos.—¿Por qué Mahoma prohíbe a sus discípulos que beban vino? preguntaron un día a Mahomed Pachá, según refiere Víctor Hugo en su estudio sobre Shakespeare.—Para que experimenten mayor placer en beberlo, respondió el célebre valido. Podía, pues, haber resuelto uno de los desiderata del profesor, prohibiendo a mis alumnos la lectura de las obras

que me interesaba conocieran, si el medio no fuera repugnante a la ética profesional. (1)

Necesario es, entonces, imponer la lectura que, además de la señalada para la clase respectiva, conviene que los alumnos realicen en el hogar según el criterio del profesor, y no simplemente aconsejarles que traben conocimiento con tal o cual autor cuando ces sobre el tiempo que les dejen libre otras ocupaciones. Muy pocos alumnos, sólo aquellos que tienen inclinación por las letras, seguirán el consejo; todos, en cambio, acatarán la orden. Y muy pronto los alumnos dejarán de considerar la lectura como la imposición de un trabajo, para no ver en ella nada más que la fuente del más puro goce.

Si el joven estudiante ha vencido por completo las dificultades de la lectura mecánica, si pronuncia las palabras clara y correctamente, si da entonación adecuada a la lectura y sigue el precepto de Faget, según el cual para aprender a leer lo pri-

(1) En distintas oportunidades he podido comprobar que muchos jóvenes prefieren las lecturas sobre las cuales el profesor hace algunos reparos. A cierto muchacho medio cimarrón, alumno de cuarto año, impermeable a toda emoción estética, y a quien nunca había podido hacer leer una obra completa, le ordené que preparara la lectura de un capítulo de Don Quijote. Díjele que dejaba a su arbitrio la elección del capítulo de la obra inmortal; pero como habría de leerlo en clase, delante de sus condiscípulos, niñas la mayor parte, le recomendé se cuidara de no elegir un trozo que pudiera ofender los oídos de su casto auditorio, pues Don Quijote tiene algunas páginas en que abundan los términos gruesos. Pues bien: mi distinguido alumno se leyó todo el Quijote, eu busca, precisamente, de esos bien sazonados términos. Se entretuvo con el libro de Cervantes en lo que suelen hacer los niños cuando se encuentran solos frente a un diccionario: buscar las malas palabras.

mero que debe hacerse es leer muy lentamente y después volver a leer con la misma lentitud; si, en una palabra, sabe leer, no diré bien, que eso es muy difícil, sino medianamente, el joven estudiante aprovechará lo que lee y de él podrá sacarse muy fácilmente un decidido amante de la lectura, que, en poco tiempo, poseerá una discreta cultura literaria.

Pero, se dirá, el alumno que llega, en el Colegio Nacional o en la Escuela Normal, a los años en que se estudia literatura, ha tenido, en los mismos establecimientos de educación secundaria o normal, y antes, en la escuela primaria, la oportunidad de aprender a leer bien: *debe saber leer perfectamente*; y entonces no será tan difícil la tarea de convertirlo en un buen aficionado a la lectura, y, por consiguiente, estará en aptitud de gozar de los beneficios que esa afición comporta.

Desgraciadamente—todos lo saben—en las escuelas de nuestro país se lee muy mal. Es un horror oír leer a ciertos alumnos adelantados de las escuelas públicas. El mal ha preocupado a muchos educacionistas y a cierta parte de nuestra gran prensa, pero no ha sido remediado. *La Nación* dedicó varios editoriales al trillado y, por lo tanto, difícil tema; y el señor Pablo Pizzurno, entre otros profesionales, ha dado varias conferencias didácticas ocupándose de lo mismo. Nada se ha conseguido. Maestros y discípulos dan poca importancia a esta asignatura. El alumno prepara sus lecciones, las

estudia en su libro de texto y muchas veces en obras de consulta; pero cuando se trata de lectura simplemente, considera que no está obligado a estudiar, y ni siquiera pasa vista por el trozo que se le ha indicado, considerándose con fuerzas suficientes para leer bien a primera vista y comprender el sentido íntimo de lo que lee.

Para aprender a leer de nada valen los libros de teoría de la lectura de Faget, Legouvé o nuestro Vedia (el de este último es el más racional y el más adecuado a nuestras modalidades); para aprender a leer hay que oír leer bien, y nuestros maestros no saben leer. El mal viene de lejos, seguramente. Los maestros de hoy no saben leer porque tampoco sabían los de ayer, porque cuando se educaron no tuvieron, como no tienen hoy sus alumnos, ocasión de oír a buenos lectores.

Yo concibo un médico o un ingeniero o, si se quiere, un abogado que no sepa leer. Pero un maestro que no sepa leer es un obrero que desconoce su más necesaria herramienta de trabajo.

En los establecimientos normales se da a la teoría y a la práctica de la enseñanza toda la importancia que tienen estos conocimientos, y los alumnos que no demuestran aptitud para adquirirlos son eliminados de la escuela, pues se supone que no podrán ser buenos maestros.

Sería menester que igual criterio rigiera para la lectura, y los estudiantes que en-

contraran dificultades para dominarla deberían abandonar la carrera del magisterio.

La afición a la lectura (y ahora vuelvo a considerar la lectura en su esencia y no en su mecanismo) la despertará en breve tiempo el profesor si es un lector consumado. Yo he visto a toda una clase, estática, pendiente de los labios del profesor que leía con todo arte una composición poética que los alumnos ya conocían, pero cuya belleza no se les había revelado hasta ese momento. Luégo comprobé que los alumnos se interesaron en conocer las demás obras del autor.

Debo a don Juan José García Velloso mi afición a los clásicos españoles y, por ende, muchos gratos momentos. ¡Cómo leía a Garcilaso! Lo estoy oyendo:—*Flérida para mi dulce y sabrosa más que la fruta del cercado ajeno...* Cada palabra, en sus labios, se abría como una flor. Lo oíamos con los cinco sentidos, a pesar de que las obras que nos leía se referían a cosas lejanas e ignoradas de nosotros, expresadas en un lenguaje que, puede decirse, no era el nuestro.

Pero para que el alumno sienta y comprenda ciertas composiciones poéticas o aquellas puramente imaginativas, el profesor debe abstenerse de explicarlas menudamente. Esta afirmación parece un tanto contradictoria y voy a aclararla.

Dice Anatole Franco, el gran escritor para quien la ironía es un dón del cielo que nos permite reír de lo malo y de lo feo y gracias al cual podemos alejar de

nuestro pecho el odio que sin él nos producirían lo feo y lo malo; dice Anatole France, no recuerdo en cual de sus libros, que cuando tenía diez y siete años comprendía y sentía a Virgilio *tanto casi* como si su profesor no se lo hubiera explicado. No es ésta, creo, una sátira contra determinado profesor, contra el profesor de quien aprendiera las primeras nociones de literatura; es contra el profesor en general, de todos los tiempos y de todos los países; contra el magister vano y presuntuoso que cree que él solo y nadie más que él, tiene la visión precisa de las cosas y la noción exacta de la verdad.

El profesor, que tiene una cultura distinta a la del alumno, veinte o treinta años más que él, prejuicios de escuela, amortiguados ciertos sentimientos y aguzados otros, pretende que su alumno sienta, ante una obra de arte, las mismas emociones que él experimenta, vea en ella lo que él ve, y admire o repruebe lo que él cree objeto de reprobación o de admiración; sin darse cuenta que él y su discípulo son dos sujetos de tendencias, educación y temperamentos a veces diferentes, a menudo opuestos.

Si un mismo espectáculo de la naturaleza hace vibrar distintas cuerdas no ya en diversos individuos sino en el mismo, según sea el estado de su espíritu en el instante de percibir aquél; si tal poesía, tal drama, tal novela, tal cuadro, tal trozo musical ayer nos entusiasmaron hasta el delirio y hoy nos dejan fríos, o, por el contrario, ayer nos aburrieron y hoy nos enajenan, porque nues-

tro ideal de belleza y nuestro gusto varían incesantemente; ¿cómo hemos de pretender que el ánimo del alumno es dispuesto siempre de la misma manera que el nuestro para la apreciación de obras que no se dirigen a la inteligencia—que entonces, sí, podrían ser objeto de juicios uniformes,—sino al sentimiento, variable hasta lo infinito de individuo a individuo?

Frente a una obra de arte, nuestra alma es como un arpa eólica acariciada por la brisa, que se estremece y vibra. Sólo que no hay dos arpas igualmente acordadas y templadas.

No prevengamos demasiado al alumno en favor o en contra de la obra cuya lectura aconsejamos o imponemos. No le anticipemos nuestro juicio. Que él sea su crítico, y si criticar es, como dice France, pasear el alma propia por el alma ajena, que él nos dé las impresiones que su alma haya recogido en la grata incursión. Incurrirá fácilmente en error de apreciación, pero ese error será el *suyo* y vale más ese error *suyo*, como con tanta verdad apunta el señor Nelson, porque es producto exclusivo y espontáneo del ejercicio de sus propias facultades, que el certero juicio (¿certero siempre?) que le da ya hecho y adobado el profesor o el libro de texto. Para desvanecer ese error de apreciación en que pueda caer el alumno, está el profesor; pero nunca para exigir que el alumno *sienta* como él *siente* la obra leída y analizada.

Más de una vez he pretendido, proce-

diendo erróneamente, por cierto, que mis alumnos sientan como yo siento la «Vida retirada» de Fray Luis de León, y no lo he conseguido. La encuentran perfecta, armoniosa, en un todo ajustada a los preceptos, pero fría y muda. Y es natural que así sea. ¿Cómo un muchacho que hierve de ambiciones, que se nutre a diario con una nueva esperanza de conquista, que sueña en aventuras, que no tiene otro pensamiento que el de terminar su carrera para entregarse en cuerpo y alma a la lucha emocionante de la vida; cómo ese muchacho, digo, podrá sentir una obra en que se canta la placidez de una existencia sin alternativas, sin ambiciones, sin pasiones, sin deseos de lucha, sin nada de lo que es atributo de la juventud?

Con frecuencia el profesor señala las excelencias de la obra de su predilección, y, al hacerlo, se refiere al sentido oculto que ha encontrado en ella, a las emociones de tal o cual carácter que le ha suscitado, a las ideas que le ha sugerido; y el alumno al leer la obra así encarecida, busca y no encuentra ni el sentido, ni las emociones, ni las ideas que han sublevado el entusiasmo del maestro. Tal sucede con Don Quijote. El profesor de literatura es un cervantófilo sincero o simulado, pero es siempre un cervantófilo, pocas veces, desgraciadamente, a la manera de don Juan Montalvo. Para él en Don Quijote ha realizado el ingenio humano la obra más grande y más perfecta; para él Cervantes ha sido no ya sólo el más genial escritor sino también el más

grande de los médicos porque nadie como Cervantes ha descrito con tanta exactitud la etiología y síntomas de la locura; el más grande filósofo, porque nadie ha llegado tan a fondo del alma humana; el más grande filólogo, el más grande poeta, el más grande historiador. Tuvo, también, la visión segura de muchos de los inventos modernos, y, así, puede ser considerado como un precursor de la aviación según se desprende claramente de la aventura en que Don Quijote se ve por los aires montado en un caballo de madera. Para el profesor, Don Quijote representa a Carlos V y el libro es una sátira contra las ambiciones imperialistas de este monarca; o representa a la nobleza como Sancho al pueblo; o es la corporización del idealismo como Sancho lo es del materialismo.

El alumno al abrir por primera vez el libro famoso busca con avidez todo lo que según el profesor contiene el libro, y como no halla nada de eso, a poco lo deja, fastidiado, sin haber tenido tiempo de advertir lo que más abunda en él: la gracia sana, chispeante, fresca que fluye de cada una de sus páginas; como el caminante que buscando solamente las señales de la ruta, no se fija en las flores que bordean el camino.

Esto no quiere decir que no haya jóvenes que sientan y comprendan a Cervantes *casi tanto* como si su profesor no se los hubiera explicado; pero lo general es que el alumno, al no encontrar en Don Quijote nada de lo que se le ha prometido, se sienta perplejo frente a la obra maestra, entristecido ante

la ceguera que le impide ver las maravillas enunciadas por su maestro.

Por vanidad suele manifestar que lo ha leído íntegramente y que se ha encantado, pero en su fuero interno piensa que es una obra de interpretación difícil, accesible sólo a los eruditos. Y mientras hay infinidad de franceses, ingleses y alemanes que aprenden el castellano nada más que para leerlo en el idioma en que fué escrito, él lo desconoce, e ignora que Don Quijote es la más universal y grande de las obras del ingenio humano; que tiene encantos para el sabio y para el ignorante; que en cada edad de la vida nos habla un lenguaje diferente, pues es la única obra que puede saborearse con deleite y provecho, en la vejez lo mismo que en la juventud y en la niñez...

Precisamente mientras escribo estas líneas, de la habitación vecina a mi estancia llega una oleada de risa que se deshace en mi corazón. Es de un hijo mío, de once años, que lee el Quijote. Quizás mañana pueda afirmar, como Heine, que los más gratos días de su niñez fueron los de la época en que leyó a Cervantes por vez primera. No hallará hoy, en Don Quijote, la profundidad de pensamiento, la pintura exacta de los dos aspectos de la humana naturaleza que causan mi admiración. El le encuentra un sabor que ¡ay! yo ya no podré gustar.

Ríe, ríe, hijo mío.

JOSÉ FERNÁNDEZ CORIA

Catedrático de literatura de la Escuela Normal de Chivilcoy.

Leyendo el "Diario del Comercio"

Con motivo de la muerte de don Aquileo Echeverría, queridísimo octogenario, perennemente jovial y dadivoso.

Recuerdo de Aquileo....

Y también mío para el buen amigo, siempre contento de la suerte y alegre de vivir, aunque viejo y pobre. Lo cual puede pensarse que viene a ser la felicidad presente.

Muchos recuerdos tengo yo del amigo inolvidable y regocijado; pero sólo me fijo ahora en lo que nos pasó el día 2 de este mes en el Cementerio, donde yo tomaba posesión de la única casa que he podido adquirir acá....

Con cuatro habitaciones, una de ellas subterránea en que duerme la más amada de la familia, y modesta pero devotamente arreglada aquel día de los santos finados: de «los bienaventurados que mueren en el Señor», según reza el «Apocalipsis».

Se presentó por allí Aquileo, y, como si quisiera mostrarme su aflicción frente a la mía, me condujo adonde yacen los restos de su hijo el genial poeta de «Las Concherías». Aún esperan tan nobles restos el Mausoleo legalmente mandado erigir por esta República.

¡Ojalá ese homenaje pase cuanto antes

de proyecto a realidad!... Pero, señor, ¡cuán lejos estábamos aquel día 2, de que hoy 5 habría de ser el jovial amigo uno de tantos «muertos en el seno de Dios»!... Puesto que así hemos de suponerlo piadosamente, sintiendo y pensando que la conformidad y alegría con esta vida pasajera es claro indicio de gran mejora posterior.

Su caída de repente es también signo favorable. Así murió el buen Don Federico, así el sabio Curie, así muchos ejemplares sacerdotes, así el mismo San Pablo, instantáneamente, que no en cruz, por ser ciudadano romano.

Recuerde, por ventura, la muerte de Aquileo Echeverría a los gobernantes el compromiso contraído respecto del bello cenotafio a su hijo el otro Aquileo, gloria costarricense.

San José, 5 de noviembre de 1920.

VAL. F. FERRAZ

De Lecturas

Señor don Evelio de

EL DIARIO DEL COMERCIO

Muy señor mío: leo con mucho gusto su buen artículo de esta mañana: «El Quijote». ¡Bien pensado y mejor escrito, si cabe! Pero

en algo hablamos de disentir, y esto es muy humano, según afirman los filósofos... y la Biblia, donde consta que «Dios entregó el mundo a las disputas de los hombres».

Atribuye usted a ligereza juvenil el no gustar de lo clásico y grande en literatura. Pero yo sé de chicos que han leído regocijados el «Quijote», aun sin entenderlo del todo, y nuestro viejo don Valeriano—amigo y señor nuestro—dice, no recuerdo dónde, que comenzó a leerlo cuando contaba 14 años de edad, y, sin pasar de sus primeras líneas, salió aprendiendo mucho de historia y geografía, de retórica y otros varios ramos de humanidades.

No atribuyo, pues, a juventud, o niñez, la indicada falta de gusto y comprensión, ni tampoco a defectos de la enseñanza pública....

El daño está, según entiendo, en cierta incultura y descuido de las familias.... Y por cierto que me parece muy curioso que la jovencita del artículo de usted, cite novelas de Blasco Ibáñez y autores franceses, sin nombrar una siquiera de autor inglés. Lo llamado «sicalíptico» es demasiado frecuente en Ibáñez y demás novelistas, no ingleses ni norteamericanos. Carlos Dickens y otros muchos de ambos mundos brillan por su ausencia en las lecturas de esa señorita, sin «Divina Comedia» ni «Quijote».

Tampoco estoy con usted tocante a la Imaginación, aunque la llamen «loca de la casa». ¡Dios nos guarde de casa que no la tenga dentro, hasta cierto punto!..... ¿Quién podrá prescindir de lo humano, siendo hom-

bre?... Lo malo sería que la razón y el claro entendimiento no fuesen dueños de casa, metiendo a todo Dios en costura cuando fuera necesario.

Quien esto escribe no es filósofo; ¡qué va!... ni por pienso. Pero en ello sigue al que habló de la combinación armónica de miembros y propiedades en cuerpo y espíritu. Todo es útil en su lugar y a tiempo. Sabido es también aquello de que «hombres y pueblos han de tener algo de quijotes», sin dejar de ser también algo sanchos. Cierto que otra idea prosperó un día, pero flor de un día.

Por lo demás, Evelio, su artículo me gusta mucho. Correcto y erudito en la forma y bien intencionado, por más que desacierte en ideas, respecto de mi modo de ver, circunstancia que no le perjudica, como escrito del periodismo diario. Sus consejos aprovecharán mucho a la señorita nuestra amiga, pues ya la tengo por tal, en vista de que lee.... Sólo importa, por ahora, enmendar el rumbo. Leer de todo, pero con su cuenta y razón. De novelistas, los ingleses; y entre los nuestros, Pereda y Pérez Galdós, con «Pepita Jiménez» de Valera.

Suyo afectísimo,

HISPANUS

(9-XI-20)

Miscelánea

La exactitud no cuadra siempre bien con la brevedad; pero hay veces que ésta es la que conviene. Para ser breve, para expresar con tres palabras un hecho tan innegable como difícil de exponer en pocas líneas, digo, pues, con Gustavo Le Bon, que *hay diversas lógicas*: estética, religiosa, matemática, etc.

Ahora bien, en un mismo individuo estas lógicas se muestran en desigual grado de potencia y de armónico consorcio.

Las personas cuyas lógicas parecen disociadas son frecuentemente amables y simpáticas: diríase *diversos individuos dentro de un solo estuche*. Ecuánimes sin esfuerzo (o sin virtud, como quiera decirse), pueden constituir, cuando son talentosas e instruídas, excelentes secretarios de academias, excelentes bibliotecarios, etc.

Las personas en las cuales predomina una sola especie de lógica, pueden llegar a sobresalir en determinado género de actividad, permaneciendo en los demás aun bajo el nivel medio. A

esta clase pertenecen la mayor parte de los sacerdotes, médicos, astrónomos, etc., desde los eminentes (Newton, Pasteur, etc.) hasta los comunes profesionales.

Las personas cuyas lógicas no solamente son de potencia semejante sino bien armonizadas entre sí, dan, según el grado de dicha potencia y el grado de instrucción general, desde el buen campesino de *buen sentido común* hasta el filósofo o sabio verdadero, sea de la talla de Aristóteles, de la de Galileo, o de Claudio Bernard.

*

Sucede con la disociación de las lógicas algo completamente distinto de lo que ocurre cuando hay disociación de las memorias: el desdoblamiento de la personalidad en el primer caso, lo notan sólo los extraños; mientras que en el segundo, es el sujeto mismo quien se siente multiplicado.

*

«Todo físico cuya lógica es débil, se vuelve materialista; si ella es profunda, se hace escéptico». Estas palabras de Colins podrían traducirse

como sigue: todo físico de lógica unilateral se vuelve materialista; todo físico de lógicas bien desenvueltas, se hace escéptico. Entendiendo por escepticismo no «el suicidio de la razón», que decía Paul Bert, sino la convicción de que se sabe muy poco. «Y el escepticismo verdadero—añade Colins—es el *nec plus ultra* de la sabiduría en época de ignorancia sobre los problemas capitales».

*

Mueren muchos enfermos, por falta de recursos; pero son también muchos los que mueren por exceso de auxilios inapropiados. El ser rico es en muchos casos peligroso.... Muy bien si un médico se instala con amor al lado de un enfermo; pero malo si lo que quiere es mostrar su celo; y muy malo si hay dos o más médicos que se juntan. Ni un organismo robusto puede soportar impunemente una intervención médica abusiva.

*

NOBLEZA OBLIGA, decía ya hace 15 siglos Boecio—en *De consolatione philosophica*, — queriendo expresar que

quien pretende ser tratado como noble, debe conducirse como tal. Y él personalmente no se valió de su preeminencia, en la primera parte de su vida, sino para prodigar beneficios. De otro modo ven las cosas los altos funcionarios en Costa Rica. Ahí está de ejemplo la explotación de nuestro gran teatro NACIONAL, convertido de más en más en una granjería de los ministerios y sus arrimados.

¡Qué fomento!

*

Los financieros sostienen al Estado como la cuerda al ahorcado, dijo Montesquieu, si mal no recuerdo.

A primera vista, parece una inconsecuencia que los hombres de negocios hayan sido frecuentemente fueustos ministros de hacienda. Pero la explicación es sencilla: un hombre de negocios procura los adelantamientos de su casa, a corto plazo, y las capacidades requeridas para ello, poco o nada tienen que hacer con las convenientes a la administración de la hacienda pública. Esta reclama miras altas de conjunto, tendidas más al porvenir que al presente.

*

Durante la epidemia de influencia de marzo pudo observarse en grande lo que vale una improvisación sanitaria. Por mi parte, aseguro que el mayor número de defunciones lo dieron los pacientes más *socorridos*. Y aquellos que no murieron en los días de la epidemia o en los meses siguientes, están ahí padeciendo del corazón o de los riñones.

Ello no quita que la próxima vez se proceda con igual ligereza, botando dinero y repartiendo drogas a tientas.

*

Rubén Darío en Costa Rica (segunda parte) es el título del último volumen de las *Ediciones Sarmiento*. Hay que leerlo y agradecer el regalo que hace al país el profesor García Monge. Más de un artículo obligará al lector a preguntarse con inquietud: ¿De 1890 para acá, ha caminado Costa Rica hacia adelante o hacia atrás?

Lei hace algunos meses en el *Repertorio Americano* un artículo de Tulio Von Bülow, junto con la apreciación laudatoria del Sr. García Monge. Acabo de ver ahora en el *Diario de Costa Rica* otro artículo del mismo joven escritor, bajo el título *Sensibilidad y Sensibleria...* ¡Con qué gusto se oye una voz varonil que dice de la «bella realidad que es la vida», frente a tantos maestros y periodistas llorones y melindrosos!

Hay en dichos artículos, sin embargo, algunas expresiones de las que nunca he podido entender: «psico-fisiológico», «psico-biológico», etc. Tratándose del hombre, o todo es fisiológico, o todo es psicológico, o todo es a la vez fisiológico y psicológico. En otros términos, o todo es material, o todo es inmaterial, o todo es doblemente alma y materia. Concebir términos medios entre la materia y el espíritu, es negar la una o el otro, dando en el monismo. Si la sensibilidad de que hablan los psicólogos «tiene su origen» en la irritabilidad (o sensibilidad orgánica general), no constituye dicha sensibilidad una *facultad* y la psicología no es sino un capítulo de la fisiología.

E. J. R.